

LA SANGRE DE UFKIR

MOHAMMED Ufkir tiene una larga y difícil ficha. El título es fácil: de la montaña del Anti Atlas a «hombre fuerte» de Marruecos. «Hombre fuerte» es un título de nuestro tiempo que tiene ya una considerable ambigüedad. Oculta otras palabras que se han vuelto demasiado peyorativas, unas funciones misteriosas que no se sabe dónde empiezan y dónde acaban. Puede decirse que Ufkir era, desde hacia años, la figura clave de la historia de Marruecos.

Nació y vivió entre disparos: ha muerto de ellos. Pero no era solamente un hombre de guerra, sino también un poderoso intrigante, un aventurero, un hombre de cualquier bandera. Ufkir —nacido en Ain Cheij en 1920, aproximadamente: la falta, hasta hace poco, de Registro Civil hace que las edades de los marroquíes no se conozcan con exactitud— era hijo de un caíd berebere que combatía contra las tropas francesas. Los bereberes, como se sabe, no son árabes, sino que siempre lucharon contra ellos y han mantenido continuamente un espíritu de resistencia y guerrilla. Sin embargo, el hijo del caíd aceptó formar parte del Ejército francés. Fue a la Academia Militar de Mequinez, hizo unos estudios brillantes, y a los veintiún años luchaba en la segunda guerra mundial, desde la campaña de Italia al desembarco de Provenza. Se distinguió por su bravura como, en general, las tropas marroquíes. Cuando terminó la guerra mundial continuó en la de Indochina, siendo ya capitán. La Legión de Honor y la Cruz de Guerra, con doce citaciones, atestiguan el valor de sus hechos de armas.

Ufkir y Ben Arafa

PERO Francia decidió utilizarle en su propio país. En 1953 era residente general en Marruecos —alto comisario— el general Boyer de Latour, y Ufkir formó parte de su gabinete militar. Fue el año en que Francia decidió la evicción del Sultán Sidi Mohammed y le llevó a Madagascar. Para ello, Francia se apoyaba en los tradicionales enemigos de los árabes y la dinastía alauita, como El Glaui, y nombraba Sultán a Ben Arafa (no reconocido por los marroquíes, ni por España, nación coprotectora). Ufkir era uno de los encargados de las relaciones entre la Residencia General y el Sultán considerado como impostor. Y fue quien, dos años más tarde, cuando la presión nacionalista y la de los Estados Unidos (Mohammed V estaba en estrechas relaciones con los Estados Unidos, que ya durante la guerra le habían prometido la independencia) hacían necesario restablecer la situación, se encargó de negociar con Ben Arafa su retirada. Sin embargo, al regresar el Sultán a Marruecos, Ufkir no solamente no pasó por la depuración, como tantos otros, sino que fue ascendido y nombrado ayudante del Sultán. ¿Por qué? Las versiones son varias. Se habla de la intercesión del príncipe Hassan —hoy Hassan II—, pero no se explica por qué. Se dice que Ufkir llevaba un doble juego; servidor de Francia y relacionado con Ben Arafa, mantenía relaciones secretas con el Sultán y con el príncipe heredero, además de con los partidos independentistas. Otra versión, muy probable, es la de la presión francesa. En las negociaciones con Mohammed para su regreso a Madagascar y para el establecimiento paulatino de la independencia, Francia quiso conservar puestos y hombres clave, y uno de ellos podía ser Ufkir, que, por su carrera militar y política, podía ser considerado como francés. Hay otra versión importante, que no es incompatible con las otras: el apoyo de los Estados Unidos. Es muy probable que durante toda su carrera Mohammed Ufkir estuviera en estrecho contacto con los Estados Unidos, y se ha dicho muy insistentemente que era un hombre de la CIA.

La vía democrática

UFKIR sirvió con las armas en la mano a su nuevo Rey —el Sultán se había transformado en Rey constitucional, con el nombre de Mohammed V— para combatir a los rifeños independentistas y a los grupos armados —nacidos en la resistencia a Francia, no muy numerosos ni muy bien organizados—, presentados como Ejército Nacional de Liberación: los exterminó con el príncipe Hassan a su lado —para él fueron los honores— en el Rif, en su Atlas natal, en Tafílete. No olvidemos que esta lucha formaba ya parte de la gran confrontación europea y mundial de la guerra fría y era un equivalente al exterminio de las guerrillas en Grecia, en Irán o en Turquía. Francia y los Estados Unidos apoyaban a Mohammed V. Pero Mohammed V pretendía una apertura y una democratización del país. Si bien declaró fuera de la ley al parti-

do comunista de Ali Yata, toleraba sus actividades clandestinas. En cambio, se apoyaba para gobernar tanto en el Istiqlal (fundado en 1944 para defender la independencia, con carácter de gran agrupación nacional, se había ido deslizando hacia la derecha, hasta que ha llegado a ser un partido parafascista) como en la Izquierda de la Unión Nacional de Fuerzas Populares, un partido que puede equipararse al socialismo avanzado, escindiendo del Istiqlal cuando éste se inclinó a la derecha, cuya gran figura era Ben Barka. Mohammed V tenía admiración y confianza en Ben Barka. Le había nombrado preceptor de su hijo en otros tiempos y le consideraba como una de las cabezas más notables del país.

Comienzan los complots

PERO el reino de Mohammed V duró poco. Algo más de cuatro años. Mohammed V, de naturaleza más bien débil pero con una salud tolerable, tuvo una enfermedad menor, una sinusitis nasal. Hubo que operarle, se le aplicó anestesia general y no se despertó de ella. La muerte fue totalmente inesperada. Los rumores de que podía haber sido provocada no sobrepasaron lo habitual en estas circunstancias, aunque ahora vuelven a repetirse, sin más fundamento que la sospecha. Ufkir había perdido entonces parte de su predicamento. En un régimen abierto, con alternativa de fuerzas políticas, este tipo de aventureros no tienen gran cosa que hacer, excepto destruirlo. Y ya había habido, en efecto, un cierto episodio, aún en vida Mohammed V. Se había descubierto un conato de complot contra el príncipe Hassan, se había acusado de él a un sector de las Fuerzas Populares —principalmente a Mohammed Basri— y se había encarcelado a numerosos dirigentes. Esto sucedió muy pocos meses antes de la muerte del Rey. Hassan y Ufkir aparecen juntos en esta operación, que debió, quizá, sorprender a Mohammed V.

Muerto el Rey, ocupó su puesto el príncipe heredero, Hassan II. Se presentó como un continuador de la obra de apertura y democratización de su padre, de la gran operación de convertir un país con estructuras feudales en una democracia moderna y, en efecto, proclamó una Constitución —que hizo aprobar por referéndum en 1962—, un Parlamento que sería nombrado por sufragio universal y negoció con todos los partidos políticos. Aunque las elecciones tenían pocas garantías de limpieza en un país de gran analfabetismo y que, a pesar de todo, conservaba mucho de feudalismo y de caciquismo, la Unión Nacional de Fuerzas Populares obtuvo en ellas considerable ventaja: 69 escaños de un total de 144.

El exterminio de la U. F. P.

EN esa época, Hassan II ya tenía como director general de Seguridad a Mohammed Ufkir. Había comenzado su gran obra: la creación de una potentísima policía política, que ha sido considerada como la mejor organizada y más fuerte de toda África. Las «brigadas especiales» de Ufkir se sobreponían a los mecanismos tradicionales y originales de la policía marroquí, establecida sobre los esquemas dejados por la Administración francesa. Actuaba con independencia. Y, tras las elecciones, la policía de Ufkir vino a descubrir el «complot de julio»: las Fuerzas Populares de Ben Barka habían conspirado y trataban de asesinar al Rey y de implantar una República. No se comprendía bien por qué ese partido, tan próximo al poder por la vía electoral, tenía que arriesgarse en una aventura semejante. Se dijo entonces que el complot no había existido nunca, que lo había urdido el propio Ufkir —¿con conocimiento del Rey o sin él?, ¿sirviendo su propio ascenso?, ¿sirviendo a los Estados Unidos?—, que había infiltrado agentes provocadores y que, finalmente, había obtenido testimonios utilizando la tortura. Una tortura que él mismo infligía a sus prisioneros, con su hábil cuchillo de montañas berebere.

El asunto sirvió para dismantelar otra vez la Unión Nacional de Fuerzas Populares. El proceso que se celebró fue vehementemente denunciado por la Comisión Internacional de Juristas, que dio testimonio de las torturas, de la elaboración de pruebas, de las falsas declaraciones. Pero en este proceso se pronunciaron ocho condenas de muerte; una de ellas, la de Ben Barka, que, considerado como el principal autor del complot, huyó a París antes de ser detenido. Una vez más, la intención real de gobernar con la izquierda fue destruida. Pero no se trataba



con más esmero a la derecha, al Istiqlal. Si sus influyentes miembros no eran detenidos ni perseguidos, su influencia política disminuyó notablemente.

Hombre fuerte

Y Ufkir fue ascendido a general, nombrado ministro del Interior. Tenía ya las manos libres para la represión, los partidos políticos la sintieron pesadamente, y también los sindicatos, que estaban superponiéndose a los partidos, en un movimiento que comenzó a ser común en toda África. Fue en este punto donde Ufkir tuvo una nueva intervención. Los llamados motines de Casablanca —con muy débiles movimientos de simpatía en otras poblaciones—, el mes de marzo de 1965, tenían como origen los estudiantes de Bachillerato. Unas nuevas disposiciones arriesgaban la posibilidad de continuar los estudios de muchos de ellos; salieron a la calle en manifestaciones de protesta, y a estas manifestaciones se unieron los obreros parados y los estudiantes mayores. Ufkir sacó a la calle tanques y cañones, los situó frente a una manifestación desarmada y mandó disparar. Las víctimas oficialmente se contaron como una docena: en la realidad pasaron del centenar —se ha dicho que hasta 500— y muchos de ellos estaban entre los estorcer y los diecisiete años. Los sindicatos fueron esta vez destruidos.

La muerte de Ben Barka

SIN embargo, el Rey pronunció una amnistía casi inmediatamente, el 23 de abril de 1965, un mes después de los sucesos. ¿Hasta dónde podía alcanzar esa amnistía? ¿Podría llegar a Ben Barka? Se atribuyó entonces al Rey la intención de llamarle de nuevo a Marruecos y negociar con él, para hacer posible un Gobierno de unión nacional, de coalición, que ayudara a restablecer el orden por vías pacíficas. No es fácil saber, evidentemente, hasta dónde llegaba la voluntad de Hassan II en este caso. Pero el hecho fue que en octubre de aquel mismo año, Ben Barka era secuestrado en una calle de París y no se volvió a saber nunca más de él. Todo acusaba personalmente a Ufkir: habría ido a París con algunos de sus hombres, secuestrado y asesinado por sí mismo a cuchilladas a

Ben Barka. El escandaloso proceso que mandó abrir De Gaulle descubrió una serie de truculencias y miserias de los servicios secretos, y no sólo de los marroquíes, sino también de los franceses. Descubrió muchas cosas, pero nunca lo que había sucedido con Ben Barka. Sin embargo, el Tribunal pronunció una sentencia de cadena perpetua contra Ufkir, ministro del Interior de Marruecos, solicitó la extradición y dio orden de busca y captura a la Interpol. Ufkir se convirtió así en un ministro que no podía salir de su territorio, so pena de ser detenido por la policía de cualquier país que visitase. Y Hassan II rompió las relaciones con Francia.

Desde el mes de junio había en el país un estado de excepción, la Constitución había sido abolida y se preparaba un «partido del Rey» —una imagen del degolismo francés—; se formaron así Gobiernos de técnicos, pero la fuerza estaba ya en manos de Ufkir. En 1969 parecieron abrirse de nuevo las estructuras del régimen, Reda Guédira fue nombrado primer ministro, se anunciaron la nueva Constitución y el nuevo Parlamento...

Otro complot

PERO en 1970 Ufkir vino a descubrir un nuevo complot. Un centenar de personas, entre ellos otra vez Mohammed Basri —el mismo que ya había sido acusado de complot contra la vida del príncipe heredero, por Ufkir, en 1960—, son acusadas, detenidas y entregadas a los Tribunales. Iban a comenzar los masivos procesos de Marrakech... Comenzó el Tribunal sus audiciones en junio de 1971, y días después, el 10 de julio, se producen los sucesos del palacio de verano de Sijrat. Misteriosos por demás. Pero que sirvieron para un nuevo ascenso del general Ufkir —al que ahora se denuncia como el principal instigador de aquella matanza de un centenar de personas, y se dice que por ello los acusados fueron fusilados pocas horas después, sin juicio: para que no hablaran—, nombrado ministro de Defensa y dotado de plenos poderes por Hassan II. El cual anunció inmediatamente reformas importantes en el país: una nueva Constitución, la presencia de los partidos políticos. Pero los dos principales, la Unión de Fuerzas Populares y el Istiqlal, cuando conocieron el proyecto de Constitución, se negaron a colaborar. La consideraban aún demasiado estrecha. Y formaron un frente unido de la oposición, «al kutlab al watanía», el frente nacional... Las reformas reales no dieron los suficientes frutos.

Y a los trece meses de la matanza de Sijrat este suceso de ahora, con la misteriosa muerte de Ufkir. Y la toma de todos los poderes por el propio Rey: especialmente los militares.

La increíble ascensión del aventurero Ufkir ha terminado. No parecía que pudiese terminar de otra manera. Pero los rasgos finales de su personalidad no se conocerán nunca. Ni la naturaleza definitiva de las fuerzas que estaban por encima de él, o quizá de las fuerzas exteriores que él utilizaba para sus ascensos. Tampoco se sabe por qué, teniendo en sus manos todos los poderes, quería eliminar al Rey y constituir una República. ¿Para traspasar su poder hacia el mundo árabe? ¿Para evitar alguna nueva maniobra real de democratización del país? ¿Fue el Rey su prisionero durante estos años de sangre? ¿O fue su colaborador? ¿Confío en él realmente o no podía escapar ni siquiera el Rey de la tupida red de poder construida por Ufkir, primero, en la policía —que estaba en manos de su fiel Dlimi—, y luego, del Ejército? ¿Seguirá la estructura creada por Ufkir dominando las circunstancias o desaparecerá en esta ocasión?

Retrato de un "duro"

EN cuanto a la personalidad que da un poco de reparos llamar humana de Ufkir, corresponde visiblemente a la imagen política trazada. Tenía un rostro de melodrama, seco, como tallado a hachazos, picado de viruela; su enigma se aumentaba por la continua presencia de unas gafas negras con carácter de antifaz. Era un gran jugador, no sólo de póquer y de bridge, sino también de ruleta, en los casinos públicos; violando así ostensiblemente la ley coránica que prohíbe a los musulmanes el juego y la ley civil que impide a los marroquíes la entrada en casas de juego, leyes que él era el encargado de cumplir. Bebía ampliamente whisky, violando también la prohibición coránica. Era un gran amante. Ejercía una considerable fascinación sobre las damas europeas, especialmente francesas, y, sobre todo, después de ser reputado de asesino por el caso Ben Barka; pero las trataba con el despotismo tradicional del musulmán por la mujer. Era un hombre cruel, rudo, implacable. Su boda repentina fue un acontecimiento en Marruecos. Acudía con el Rey a la recepción oficial de una ciudad. A las puertas de la misma, donde esperaban los notables, una muchachita iba a ofrecer un ramo de flores al Rey. Cuando Ufkir la vio, la tomó de la mano y allí mismo se quedó con ella. El Rey les casó media hora más tarde, sin que nadie hubiera preguntado el parecer a la muchacha, a sus familiares o a nadie. Es ahora una viuda sin haber dejado de ser niña.